

# **EL ARTE** *en la* **EDUCACION**

---

## **a** EL TESTIMONIO DE LOS PSICÓLOGOS Y LOS PEDAGOGOS

---

Para hablar de la importancia psicológica o pedagógica del sentido artístico en el niño, no podemos hacer otra cosa que echar mano de los psicólogos y los pedagogos.

Puede que sus razones, sacadas de una larga experiencia y observación sobre el material vivo (colegios, escuelas, familias...) resulten a veces un tanto abstractas. A la hora de reducir a principios teóricos lo que la experiencia da de sí tan sencillamente, los autores — y a veces los traductores— no ofrecen un lenguaje cómodo.

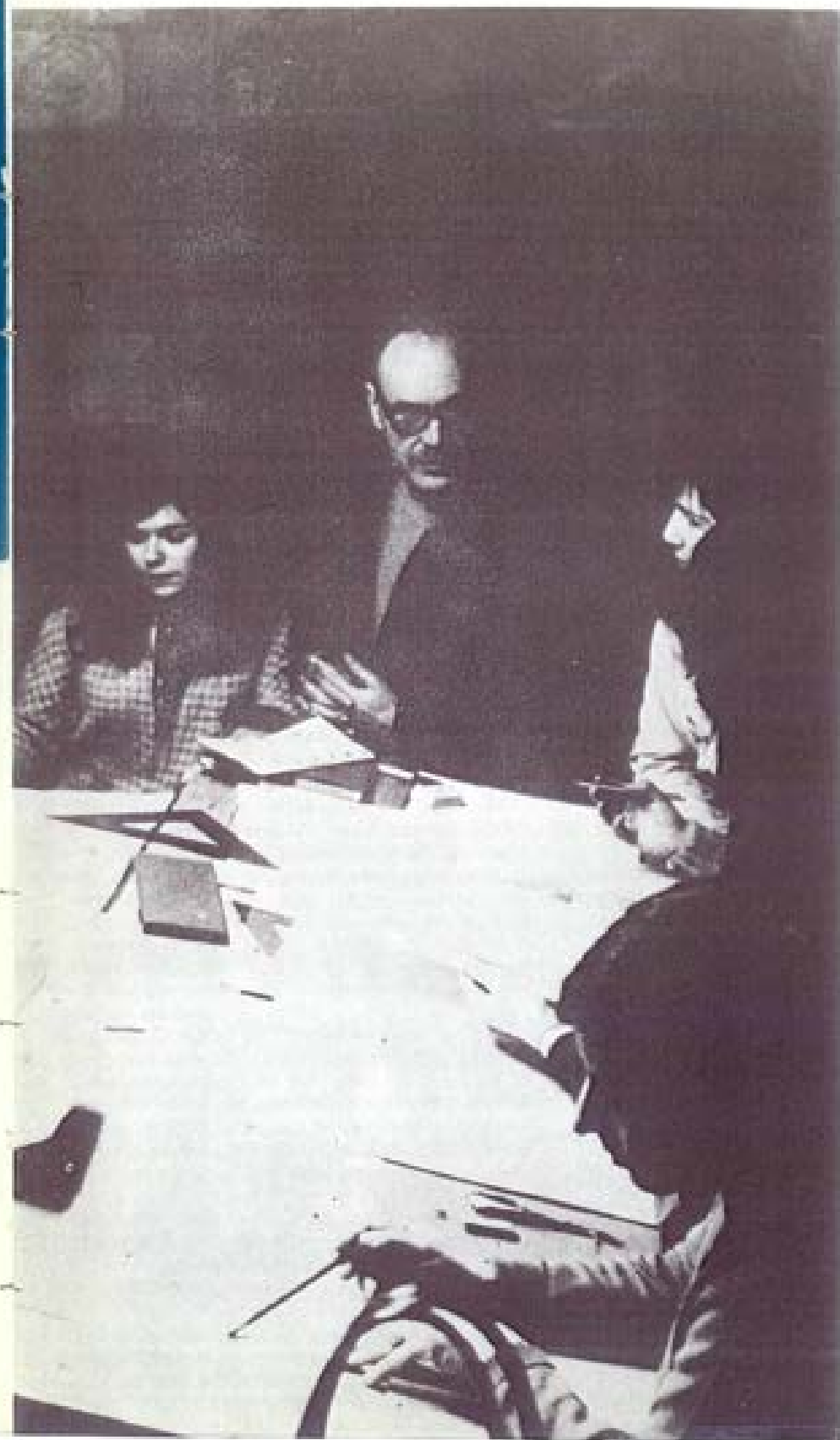
Vamos a presentar aquí una selección de textos que creemos orientadores. De ordinario preferiremos resumir las ideas más importantes, para facilitar la lectura, y las iremos escalando sin orden lógico, atendiendo únicamente a razones de claridad.

## La educación artística tiene como fin dignificar la vida, la naturaleza y la condición humana

Según René-Jean Clot, en «La educación artística», la búsqueda del sentido estético en la educación no tiene otra finalidad que la de revelar el poder que posee el ser humano cuando quiere llegar a su propia satisfacción, a su propio conocimiento, en una atmósfera de sensaciones exquisitas que no sólo engrandece la vida, sino, sobre todo, la naturaleza y la misma condición humana.

G. Collin, amplificando en cierto modo la idea de Clot, habla en su «Compendio de Psicología Infantil» de lo que la educación artística aporta para la formación de la dignidad personal, de la elegancia de espíritu, del equilibrio interior e incluso de la conducta social del individuo:

«Todos los procedimientos a que recurre el arte pueden resumirse en una palabra: la armonía y el ritmo. Ahora bien, es precisamente de esa eurytmia de la que saca todo el valor educativo. Piénsese, por ejemplo, en el uso, con pleno éxito, de los ritmos motores o sonoros como terapéutica de los niños anormales. Hacer marchar con paso cadencioso a niños turbulentos es aún el mejor modo de calmarlos. Así, el ritmo tiene ya un efecto bienhechor sobre el cuerpo del niño regularizando sus diversas funciones. Pero su influencia no es menor sobre el espíritu. Este, sólo se formará si está perfectamente equilibrado y ordenado, siendo el orden la esencia misma de la razón. ¿No podría asignarse, como me-



ta de la evolución del niño, la realización de este equilibrio mental? Ahora bien, la educación estética, al dar al niño este hábito de la armonía y ese gusto por el ritmo, no puede sino trabajar felizmente en ese sentido.

Las ventajas del arte no son menores desde el punto de vista social. Sólo hay verdadera vida en sociedad, en la medida en que cada uno sabe sujetarse gozosamente a reglas comunes. También en esto muchas formas de arte, la música, la danza, el canto coral, las obras dramáticas ejecutadas en común, son sumamente favorables para iniciar al niño en esta sumisión a la regla común, y eso, en una atmósfera de alegría que quita a la sumisión su aspecto penoso y repelente. Si la vida moral, en lo que tiene de más elevado, es ante todo impulso entusiasta y generoso, hay que decir que la educación estética es la mejor preparación para este estado de alma privilegiado» (G. Collin. «Compendio de Psicología Infantil». Edit. Kapelusz, pág. 113).

---

## 2 **Apreciar el sentido y la belleza de lo que nos rodea.**

---

Viktor Lowenfeld, en «El desarrollo de la capacidad creadora» (Edit. Kapelusz):

«Si no advertimos las riquezas que la vida nos ofrece, también es porque la educación no ha desarrollado en nosotros la sensibilidad y la capacidad de respuestas espirituales necesarias para apreciarlas».

A poco que se reflexione sobre este párrafo, podríamos sacar algunas conclusiones importantes, incluso para la formación del sentido religioso del niño. El mundo, primera manifestación de Dios, es una formidable creación artística donde el Autor está presente. Es preciso saber contemplar, reposar pausadamente los ojos en esta gran tarea para descubrir su presencia viviente. La contemplación es una función estética, pero es, lo ha sido siempre, una función religiosa: una de las vías por las que el hombre se acerca a Dios. Y es cierto que no serán pocos aquellos de nuestros alumnos que tal vez no encuentren una vía de acceso más personal. Escribe un alumno ya en segundo grado de carrera: «Desde que he dejado la música me encuentro un poco más lejos de Dios».

Por otra parte, la apreciación de la belleza que nos rodea será de una manera o de otra lo que de-

cida el buen gusto y el sentido de la armonía que todo hombre necesita para organizar su casa (decoración, proporciones...) y que ejercerá una función importante en algunas profesiones que pudieran parecer solamente técnicas: ingeniería, arquitectura, publicidad, decoración...

---

## 3 **Proporcionar el equilibrio psíquico necesario.**

---

Del mismo Lowenfeld:

«Para nuestros niños, el arte puede ser la válvula reguladora entre su inteligencia y sus emociones. Puede convertirse en el amigo al cual se retorna naturalmente cada vez que algo nos molesta (aun inconscientemente), el amigo al que se dirigirán cuando las palabras resulten inadecuadas» (...)

«Puesto que el percibir, el pensar, el sentir, se hallan igualmente representados en todo proceso creador, la actividad artística podría muy bien ser el elemento necesario de equilibrio que actúe sobre la inteligencia y las emociones infantiles».

Y a propósito de los métodos del bachillerato clásico, donde el arte apenas ocupa el puesto de la Ciencia, dice el mismo autor:

«En nuestro sistema actual de educación encontramos que casi todo está orientado todavía hacia el aprendizaje, lo que en muchos casos significa nada más que la adquisición de conocimientos. Sin embargo sabemos muy bien que si el conocimiento no es utilizado por una mente libre, no será beneficioso para el individuo ni útil para la sociedad. Nuestra educación unilateral, al dar mayor importancia a los conocimientos, ha descuidado aquellas características del crecimiento que son las responsables del desenvolvimiento de la sensibilidad del individuo, tanto respecto de su vida espiritual como de su capacidad para vivir en colaboración con la sociedad. El número, cada vez mayor, de enfermos mentales y emocionales que se registra en los Estados Unidos, alcanzando cifras superiores a las de cualquier otra nación, junto con nuestra torpeza para aceptar a los seres humanos como tales, sin tener en cuenta su nacionalidad, religión, raza, credo o color, es un hecho que espanta, y que pone vivamente al descubierto que nuestra educación ha fracasado en el logro de uno de los principales objetivos».

«Mientras las grandes realizaciones en campos especializados, sobre todo en el de las ciencias, han mejorado el nivel material de nuestra vida,



observamos que esto nos ha desviado al mismo tiempo de aquellos valores que son los responsables de nuestras necesidades emocionales y espirituales. Han introducido en nuestra vida un conjunto de falsos valores que desprecian las necesidades más íntimas del individuo.

«En un sistema de educación bien equilibrado, en el que se dé importancia al desarrollo «total» del individuo, a su forma de pensar, sus sentimientos, su capacidad perceptiva deben ser desarrolladas en forma igual, permitiendo así que las posibilidades de creación de cada uno se puedan desenvolver».

## 4 Despertar la iniciativa necesaria para la vida práctica.

Aunque esta pretensión pueda parecer ajena al problema, ya que el arte, en el común entender,

resulta poco práctico, algunos autores la garantizan.

Lowenfeld dice, a propósito del sistema ideal de educación que acaba de proponernos:

«La introducción de la educación artística en los primeros años de la infancia podría muy bien ser la causa de las diferencias visibles entre un hombre con capacidad creadora propia y otro que, a pesar de cuanto haya sido capaz de aprender, no sabe aplicar sus conocimientos, carezca de recursos e iniciativa propia y tenga dificultades en sus relaciones con el medio en que actúe». (El desarrollo de la capacidad creadora, pág. 3).

Y más adelante:

«El propósito de la educación por el arte es usar el proceso de creación para conseguir que los individuos sean cada vez más creadores, no importando en qué campo se aplique esa capacidad. Si Pedrito, pongo por caso, ha ido creciendo, y mediante sus experiencias estéticas se ha convertido en persona capaz de aplicar a su vida y en su profesión esa capacidad creadora que se ha desarrollado en él, entonces podremos afirmar que uno de los principales objetivos de la educación por el arte se habrá cumplido».



---

**b**

## LA TAREA DE LOS EDUCADORES

---

¿Qué hacemos? ¿Cómo tenemos que actuar los educadores en este terreno? ...La pregunta no está de más, precisamente porque se trata de un terreno bastante inexplorado. Existe el riesgo de intervenir a destiempo, existe el riesgo de abandonar el campo por incompetencia.

La reflexión debiera comenzar por un examen de capacitación de los maestros. El test no sería muy largo en cuestiones, pero llevaría mucho tiempo contestarlas. Preguntaríamos acerca de la personalidad del maestro, de su poder creador, de su grado de sensibilidad y de la flexibilidad de sus relaciones con el medio en que actúa.

Preguntáramos tal vez sobre su habilidad para situarse a sí mismo en el lugar de los demás (de esta manera no prejuzgaría a los niños artistas como niños excéntricos) y entonces tomaríamos medidas a su comprensión y a su conocimiento de las necesidades de aquellos a quienes educa. Queda claro, por lo tanto, que el problema se plantea antes en el educador que en los educandos, y que poco o nada podríamos hacer por el sentido artístico de esos escolares a quienes ha tocado en suerte un maestro de corta inspiración.

A este propósito, escribe Bernice Baxter en su libro «Cómo tratar a los alumnos» (pág. 96. Edit. Kapelusz):

«Todos los niños son sensibles a cuanto les rodea. Individualmente, sin embargo, difieren mucho en agudeza sensorial. Con demasiada frecuencia, la sensibilidad innata del niño es tomada como barómetro que determina el esfuerzo educativo realizado en su beneficio. Si al ingresar en la escuela muestra disposición para expresar sus impresiones, se le alienta para que lo haga. Pero si su tendencia a manifestarse es débil o nula, a veces se le abandona a la deriva y no se efectúa intento alguno para aumentar su sensibilidad. Aunque debe reconocerse que existen límites que la educación no puede sobrepasar, resulta en extremo dudoso que la escuela haya hecho del desarrollo estético uno de sus mayores objetivos, pues no ha considerado seriamente lo que podría realizarse para hacer a los niños más sensibles ante la belleza, en sus múltiples aspectos. Las grandes diferencias de aptitud innata complican el problema docente, pero no lo hacen insoluble.

«Si los maestros mismos fueran todos sensibles a la belleza que les rodea, ello significaría el primer paso hacia la formación de una generación de niños poseedores de un gusto en cierto modo selecto. Si todos los educadores gozaran escuchando buena música, oyendo buenas obras teatrales, contemplando buenos cuadros y leyendo buena literatura, no es improbable que sus alumnos llegaran a saber de la existencia de esas fuentes de goce. Si los maestros ejecutaran o compusieran música, danzaran, intervinieran en representaciones teatrales, escribieran verso o prosa, pintaran o dibujaran, su entusiasmo podría incitar a los alumnos a hacer otro tanto. Si una de estas alternativas fuera realidad, o lo fueran ambas, muy posiblemente habría menos discusiones acerca de si se ayuda o no a los niños a adquirir sensibilidad frente a los esfuerzos creadores ajenos, y a apreciar los resultados de estos esfuerzos.

«Pero los maestros, como los niños, no han sido expuestos lo suficientemente a la belleza del sonido, el color y el orden, y no han recibido la orientación necesaria para poder discriminar a este respecto. El ojo y el oído deben ser adiestrados tanto en inclusiones como en exclusiones, si se ha de obtener como resultado una verdadera capacidad estimativa. La capacidad estimativa implica una elección, y este adiestramiento para elegir ha faltado en la educación de numerosos adultos, entre los cuales se hallan muchos maestros.

«El programa de estudios de la escuela actual comprende arte, música y ejercicios rítmicos; pero sólo el maestro que disciplina puede ayudar a los alumnos a ver, cuando no a registrar fielmente sus impresiones, o una interpretación de las mismas.

«Las escuelas necesitan muchos más maestros que hayan contado con un guía en materia de apreciación artística, que sean sensibles al sonido armónico, etc... y sepan ayudar a otros para lograr todo eso. Los educadores debieran asistir a conciertos, frecuentar las exposiciones de arte, gustar la danza (...).

«A menudo, la expresión infantil se ve obstruida por maestros incapaces de ayudar a los niños y de estimularlos en sus esfuerzos creadores. Todo maestro debiera ser miembro de alguna asociación artística. La aptitud para todas las artes no es frecuente ni debe esperarse de los maestros, pero sí cabe aspirar a que posean el dominio de una de ellas. La experiencia de expresarse es, prácticamente, una experiencia necesaria y debiera suponerse en todo maestro, ya que tiene la responsabilidad de proporcionar una educación básica a los niños.»

---

## Aficiones concretas

---

En cuanto a los medios educativos que ha de emplear el maestro, no existe una fórmula única. Todo dependerá de las necesidades no sólo de la clase en general, sino de los alumnos en particular. El maestro debe conocer en qué nivel del arte (pintura, música, literatura) se mueve con más facilidad cada niño. Aunque estemos hablando de una iniciación artística general, al llegar el momento de trabajar con cada alumno o con pequeños grupos de alumnos, habrá que prestar particular atención a las aficiones concretas del grupo o del individuo. No todos encontrarán ese placer de la crea-

ción artística en la pintura, por falta de habilidad para ello, ni todos lo encontrarán en la música, por falta de oído musical, aunque todos hayan de practicar por razones de programa la pintura (o el dibujo) y la música.

---

## Ley básica

---

Como ley básica para el maestro podríamos establecer la siguiente:

Importa, en primer término, que el maestro descubra en el niño la presencia de la emoción estética en el grado en que se dé. Nótese que hablamos de emoción estética y no de «gusto»; la emoción estética es un dato primitivo; el gusto es, en gran parte, un producto del medio y de la civilización.

El educador ha de partir de estas emociones artísticas elementales del niño, por humildes que sean, y en rigor debiera ser capaz de suscitarlas.

El error estaría en que el educador quisiera partir de sí mismo y no del niño, imponiéndole sus puntos de vista sobre el tema que sea y no aceptando los elementos simplicísimos que el niño le aporta. El maestro debe conocer el concepto de lo bello y de lo estético tal como se da en el niño y no tal como se da en el adulto.

Es cierto que, en muchas ocasiones, por exigencias de programa, o por organización escolar, será el maestro quien señale todas las directrices a seguir por cada uno de los grupos con los que trabaja; lo que no es admisible es que el maestro rechace iniciativas menos brillantes que las suyas o intente que algunos alumnos trabajen sobre esquemas estrictos donde apenas les cabe libertad alguna de movimientos. Haga valer los hallazgos personales de los pequeños artistas. Intervenga para corregir, es necesario, pero intervenga sobre todo para abrir nuevas posibilidades al niño cuando éste le presenta sus pequeños proyectos. Ayudar a enriquecer esos proyectos es mejor que cambiarlos por otros diferentes que han surgido, sin colaboración del alumno, en la cabeza del profesor.

---

## Artistas aficionados y profesionales

---

Y para completar el tema digamos también algo sobre «el caso especial», el alumno que mañana

será artista profesional, pintor, compositor, publicista, actor... ¿Por qué excluirlo? La profesión goza de mala fama en bastantes zonas de la sociedad: mala fama económica y peor fama moral.

Es un hecho que la mayoría de nuestros lectores están decididos a que sus hijos no sean artistas profesionales, por lo menos en ciertas ramas de la profesión. En cambio ahí está el hecho: en el mundo hay artistas, muchos artistas, a veces demasiados artistas, que de niños han ido al colegio.

Contra la decisión «a priori» de padres y maestros, ellos han decidido tirar por su camino.

Escribe un alumno: «Me castigaban a no pintar. El prefecto se incautó de mi caja de óleos, de mi caballete y de mis pinceles. Me dijo que no me los devolvería hasta que pasara la reválida. Yo me dediqué a pintar a lápiz. Descubrí que el lápiz puede expresar también la rabia, el acro y la desesperación que me devoró toda aquella temporada. ¡La reválida! ¡Cómo si a mí me importara nada la reválida! Y luego venían todas las demás razones: que si tus padres, que si los señores que te pagan el colegio... Pero yo me pregunto: ¿Qué les importa más a mis padres, la reválida o yo? Y yo soy yo con mi pintura. Pues sí, he sacado la reválida, y ahí está la papeleta que lo asegura. ¡Idiotas! Todos están conformes, todos han respirado como si les quitaran un peso de encima. Y yo sigo pintando, preparo mi primera exposición, y no me da la gana de estudiar derecho ni de utilizar mi notable de reválida porque voy a ser pintor».

Los malos modales de este ex-colegial son explicables si se examinan serenamente las cosas.

Son bastantes los educadores que limitan el alcance de eso que llamamos vocación a unas cuantas profesiones: médico, militar, sacerdote... Pero, ¿es que resulta exagerado hablar de una vocación de capataz o de veterinario? Si la vocación es una inclinación «existencial» de la persona hacia un estado o profesión, toda profesión que se haya elegido responsable y libremente, no por coacción económica o compromiso familiar, realiza la vocación de esa persona. Ahora bien, la inclinación —la vocación— hacia el mundo del arte es una de las más apasionantes que pueden surgir en el hombre.

Hasta hace bien poco se contaban todavía casos y más casos de jóvenes ejemplares que habían sentido la vocación y fueron obstaculizados en su empeño por la familia o por otras conveniencias sociales. Generalmente sus casos eran un poco escabrosos, sus fracasos en la vida se interpretaban como una señal del «enfado» de Dios. Dejando

o un lado esta clase de interpretaciones, contamos con una explicación general, aplicable a todas las frustraciones de este tipo: si la vocación es algo que nace de las raíces de la personalidad y es fruto de sus aptencias más profundas, es probable que aquel que no encuentre manera de realizarla resulte un tipo desengañado y un tanto extraño.

Deberíamos ser capaces de detectar estos casos posibles y de prestarles nuestro apoyo como educadores. Se corre el riesgo de equivocarse, sobre todo cuidándose de alumnos demasiado jóvenes, pero este mismo riesgo se corre también cuando intentamos detectar a los futuros cirujanos e incluso a los futuros sacerdotes.

No se trataría de obligarles a un trabajo escolar menos intenso en el resto de las asignaturas, sino de no interrumpir el desarrollo de aquellas facultades o aptitudes que les son más propias, a base de represiones, amenazas o humillaciones ante los compañeros. El profesor puede, una vez más, incautarse de la caja de los pinceles, enfundar la guitarra o prohibir a fulano la entrada en la biblioteca mientras no apruebe las matemáticas. Son pocos los educadores que están convencidos de que hay alumnos a quienes esas prohibiciones sólo consiguen hacerles un poco menos felices, pero no aprobar las matemáticas. En cambio no se les ha ocurrido ofrecerle un par de pinceles más, si logre sacarlas adelante.

## CUADRO FINAL. nota

Rubén Darío titula así uno de sus libros: «Los raros». Hagamos una pequeña observación sobre los raros, los extraños ejemplares que no fueron educados por manos de maestro y salieron, sin embargo, excelentes pintores, poetas, músicos, novelistas... Todos ellos hicieron su aparición en el campo del arte como grandes aerólitos caídos de una lejana estrella.

El hecho es cierto: en todos los campos del arte y del saber contamos con una serie de nombres fulgurantes que parecen empeñados en demostrar la insuficiencia de nuestros esfuerzos pedagógicos en este terreno. La miseria, el hambre, la brutal experiencia de una vida que se vivió sin tregua en su tristeza desde los primeros años, ha sido

no pocas veces el caldo de cultivo de esas personalidades. Y parecen haber sido los obstáculos sociales, la desesperación y la hostilidad lo que ha dado fuerza a la inspiración y poder a la creación de esos autores.

¿Podríamos preguntarnos, entonces, el porqué de nuestra ordenada pedagogía en este punto? ¿No logramos, a lo sumo, el desarrollo de una sensibilidad burguesa, de un esteticismo sin garra, en nuestros alumnos?

Digamos en primer lugar que no tratamos de educar genios (tarea bastante difícil, incluso para cero genio), sino de capacitar a los que no lo son para que sean, al menos, capaces de admirar a los genios... e incluso a los ingeniosos.

Además, es cierto que las orientaciones del colegio no son nunca suficientes en ningún orden; nuestro fracaso estaría en que tanto el sentido religioso como el sentido social, como el sentido artístico no continuaran su desarrollo fuera del colegio y el alumno no encontrase manera de profundizar y robustecer esas aptitudes que se le han despertado. También la estética tiene su ascética. Pero antes de guetar el despojamiento, antes del rigor de la línea y de toda la compleja psicología de la novelística más o menos actual, está el largo camino del color, de la fantasía, de las superficies, de los cuadros con muchas cosas y de los libros con muchos dibujos.

Escribe un alumno: «Lo he olvidado todo, y sin embargo me queda un hermoso recuerdo de aquellas clases. Probablemente nuestro profesor carecía de una extensa cultura; probablemente a su manera de entender la literatura le faltaba profundidad de visión; pero queda el recuerdo [¿algo más que el recuerdo?] de su exquisita sensibilidad. Después he tenido que estudiar como un bestia. He tenido que escuchar durante meses y años a profesores espléndidos, aburridísimos... He aprendido mucho. Sé bastante más que mi viejo profesor. Sin embargo, él fue quien hizo algo más importante que todos los demás: enseñarnos a empacar. ¡Ah! y además sigo pensando que una sensibilidad como la suya hace menos traición a la poesía que la erudición de mi nuevo catedrático.»

Nuestra labor de educadores del sentido artístico quizás no pueda llegar más allá si los alumnos no tienen capacidad para digerir lo que quisiéramos darles. Pero ya es bastante. Por lo tanto, no hablemos de «los raros»; sigamos siempre hablando de «la inmensa mayoría».